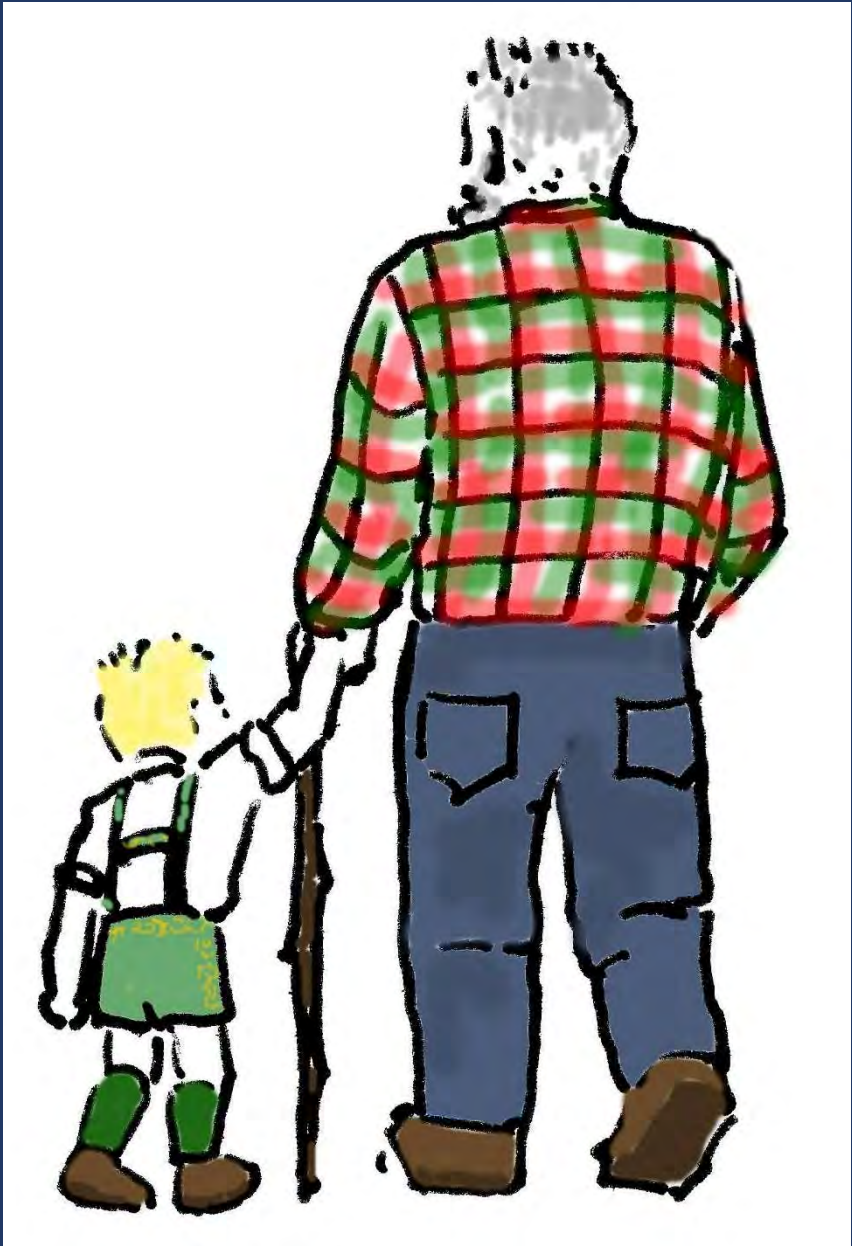


R. M. Ibáñez



# CUENTOS DE SAPITOPONCHO

Cuentos de osos y niños

1ª edición enero 2024

© R. M. Ibáñez 2014

ISBN:

Depósito legal:

Impresión:

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

R.M. IBÁÑEZ

# **CUENTOS DE SAPITOPONCHO**

**Cuentos de osos y niños**

*Para Enrique*



- ¡Deja de coger las patatas fritas del plato a medida que las hago! ¡Así no tendremos nunca suficientes patatas para comer! Por favor, coge a Pequeño Otto y llévale a dar una vuelta alrededor del lago mientras que termino la comida...

Sapitoponcho salió de mal humor de la cabaña, con el Pequeño Otto pisándole los talones. Pensaba enfurruñado que, para cuando hubieran terminado de dar la vuelta al lago, las patatas ya se habrían enfriado y no merecería la pena robarlas. Caminaba a zancadas grandes, con el ceño fruncido y aspecto de enano gigante. Pequeño Otto se apresuraba con sus cortas piernecitas de niño de seis años para seguir sus pasos. Era muy pequeño y apenas le llegaba a media pierna, con el pelo rubio e impecablemente vestido de tirolés con pantalones cortos de cuero bordado y todo. Miraba a Sapitoponcho con ojos azulísimos, más azules aún que el lago que reflejaba el cielo, asombrados y curiosos.

- ¡Oh, por Dios, Pequeño Otto! –clamó levantando su garrota hacia las nubes- ¡Deja de mirarme así, con esos ojos de gato a medio degollar! Venga, demos rápido esa vuelta...



Aceleró el paso, golpeando las piedras con su garrota. Pequeño Otto corrió a su lado sin dejar de mirarle. Cuando le alcanzó, se escuchó el primer trueno.

- Tormenta... - dijo el niño.
- Sí.

Sapitoponcho caminaba mirando al suelo farfullando. Impresionaba, con su barba y su pelo blancos y encrespados como si fueran líquenes secos sobre un tronco, su enorme nariz y sus enormes orejas, y gesticulando con una mano enorme que apretaba la garrota.

Sonó otro trueno. Empujó al niño un poco, para que se apresurara y caminara por delante de él.

- ¿Qué pasa?
- Nada.- dijo - La tormenta. Mira ¿has visto ese caracol?

Pequeño Otto miró asombrado el caracol que le señalaba. Era gigantesco. El caparazón grisáceo que se enroscaba sobre sí mismo era del tamaño de una mandarina, y el animal que reptaba debajo parecía una babosa translúcida.

- ¡Es grandísimo!- exclamó el niño. Y acto seguido declamó:

*“Mira Alfonso, una babosa*

*¿Será venenosa? ...no lo sé.*

*¿La piso o no la piso?*

*¡Puf!... la pisé...*

*Tú, babosa, asquerosa y venenosa,*

*has manchado mi zapatito de tisú...”*

- Sí, hubiera hecho las delicias de El Bestia Klaus si lo hubiera visto antes de perder la cabeza...



Los ojos de Pequeño Otto se volvieron a él, curiosos:

- ¿Y quién era El Bestia Klaus, Tío?
- Era un niño de seis años, como tú...

---

## El Bestia Klaus y los caracoles

*Siempre pensé que El Bestia Klaus no tenía la culpa de ser tan bestia. Creo que simplemente era así, un poco más insensible de lo que al resto del mundo le parecía normal.*

*Entre los extraños entretenimientos que tenía, el más peculiar y el que le llevó a perder la cabeza era el de cazar caracoles. Bueno, diréis, tampoco pasa nada por eso. Pero El Bestia Klaus en lo que encontraba entretenimiento era en romper los caparazones de estos bichos. Hay quien quería ver en ello maldad o crueldad, pero yo me suponía que había algo de curiosidad por ver qué había dentro. O quizás encontraba algún gustillo extraño en el ¡cronch! que hacían al romperse. Porque no era un bestia al uso, no. Los rompía con método.*

*Después de una tormenta, que es cuando más caracoles hay, salía de caza. Escogía los más grandes y gordos, los ponía en fila, y los pisaba con su bota. Esperaba a que el caracol se escondiera en su concha, y apretaba. Muy poquito. Lo justo para que el caparazón hiciera ¡cronch! y se rompiera, pero sin dañar al animalillo baboso del interior. El resto de los caracoles, que se imaginaban las intenciones de El Bestia Klaus, intentaban huir antes de ser pisados. Pero claro, huían a velocidad de caracol y dejando un rastro de babas, así que no podían*



escapar. Una vez chascados todos los caparazones los pelaba como si se tratara de un huevo duro y los dejaba ahí, desnudos. Luego miraba como los caracoles desaparecían arrastrándose bajo las plantas avergonzados de estar sin ropa.

Yo, que alguna vez presencié el proceso (con un poco de asco, todo hay que decirlo), creo tenían miedo de ser devorados por un pájaro. ¡Imagínate! ¡Vaya suerte para el que se encontrara la comida ya pelada! Supongo que vivirían el resto de su vida escondidos debajo de algo.

El caso es que un día que Klaus había cazado y desalojado algunos buenos ejemplares en el jardín de su casa, algo pasó. Dijo después que la culpa la había tenido un gnomo del bosque que vio rondar por ahí y que le miraba curioso mientras llevaba a cabo su cacería, pero ¿quién se iba a creer una cosa así? Me parece más fiable la versión de que los caracoles por sí mismos se tomaron su venganza.

Desprotegidos sin su caparazón, pero decididos a detener aquel mal hábito, avanzaron aquel día los ocho o nueve a los que les había tocado perder su casa hacia la de El Bestia Klaus, despacito y babeando. Les llevó toda la tarde atravesar el jardín, lo que fue una suerte porque para cuando llegaron ya estaban todos acostados. Buscaron el cuarto del niño y, una vez dentro, encontraron nuevos alojamientos para sus cuerpecillos reptantes. Se escondieron debajo de lo que pillaron, y observaron - para su satisfacción - que sus nuevas casitas les acompañaban en sus movimientos igual que las antiguas. Así, uno se metió debajo de un camioncito metálico amarillo; otro, bajo una de esas latas de vaca que mugen cuando se cambian de posición; el más pequeño se metió en un dedal de la madre de El Bestia Klaus.





Un par de ellos, muy bien avenidos, encontraron alojamiento en los zapatitos de la muñeca de Laura, su hermanita. Otro, en un tintero volcado, cuyo contenido tiñó de un hermoso azul su cuerpo de espárrago blanco. Y así se acomodaron todos, bajo objetos de aspecto inocente.

Bestia Klaus se despertó al oír una vaca mugir a su lado. Con los ojos casi pegados, y sin levantar la cabeza de la almohada, dirigió su mirada nublada por el sueño a la mesilla de noche, donde extrañamente le parecía apreciar movimiento en la penumbra de la habitación. Y estaba soñando, claro. Porque le pareció ver entre nubes que una colección de pequeños objetos se movían lentamente, como si flotaran. Esperó un poco y, como si efectivamente flotaran, observó que subían por la lámpara y por las paredes. No podía ser. Se frotó los ojos para ver mejor y sus puños se empaparon de una sustancia viscosa y babosa que le cubría la cara.

- ¡Arggg...!- gimió- ¡qué asco! ¡son mocos!

Cerró los ojos con más fuerza, para que... lo que fuera... no le entrara dentro.

- ¡Mamá! - llamó, bajito, sin atreverse a abrir mucho la boca.

Se tocó la cabeza, y sintió que hebras de... eso... se extendían entre su mano y su pelo, convertido en una masa de babas. Trató de cortarlas, pero cuanto más las estiraba más se extendían. Aquellos



*mocos parecía que estaban por todas partes; allá donde ponía la mano para apoyarse sin ver, la mano se empapaba. Saltó de la cama a ciegas para ir a buscar ayuda. Su pie pisó en blando. En blando y en húmedo. La sustancia pegajosa se le metió entre los dedos de los pies.*

*Sintió un escalofrío de repugnancia mientras que resbalaba y caía al suelo. Estaba seguro de que estaba soñando; así que, muerto de asco, se quedó allí tendido en el suelo durante un tiempo que le parecía eterno, hasta que subió su madre a buscarle para desayunar. Le encontró rígido e inmóvil en medio de un charco viscoso y con burbujas cuyo contenido parecía extenderse por las paredes y por la cama, a ratos transparente y a ratos azulado.*



*Más tarde contaría a sus padres, entre sollozos, que los zapatos de la muñeca de Laura se habían paseado por su barriga mientras que la vaca de la lata no dejaba de mugirle al oído. Y que uno de los dedales de mamá había tratado de meterse por su nariz. Y que el camioncito amarillo andaba solo y que el conductor tenía cuernos con ojos. Y hablaba de un gnomo y de unos caracoles. Sus padres movían la cabeza, tristes y preocupados, pensando que su hijo deliraba por el terrible constipado que debía haberle llevado a llenar esa noche toda la habitación de mocos de colores. No se explicaban como toda aquella cantidad de... porquería... había podido salir de dentro de su hijo, tan pequeño.*



*Llamaron al médico, que le prohibió salir durante unos días a la calle. Pero Bestia Klaus tardó mucho más en volver a salir de casa. Miraba con ansiedad por la ventana cerrada de su habitación, desde donde decía que veía objetos que se movían solos y amenazantes. Nunca volvió a acercarse a un caracol. Ni a comer un espárrago blanco. Ni a pelar un huevo duro. Ni pudo nunca más tocar cualquier sustancia viscosa o gelatinosa: ni miel, ni gelatina, ni clara de huevo, ni leche condensada, ni chocolate. Así que, entre unas cosas y otras, casi dejó de comer.*

*Y la sola idea de acatarrarse y tener mocos le produce pesadillas desde entonces.*

*Vamos, que quedó loquito perdido por culpa de los caracoles.*

- 
- ¿Y eso le pasó de verdad?
  - Como la vida misma.

Tronó de nuevo. Esta vez pareció que retumbaba por toda la garganta glaciara por la que se movían en torno al lago. Pequeño Otto parecía concentrado en los caracoles, y levantaba con deditos delicados cada uno que se encontraba. Pero Sapitoponcho no le dejaba detenerse mucho rato, en seguida le azuzaba con su garrota, suavemente eso sí; y le hacía caminar, delante de él y rapidito.

Se oyó un nuevo trueno enorme. La tormenta le parecía a Pequeño Otto que debía de estar muy cerca, pero no caía ni una gota de agua. Aunque sí se estaba levantando un viento racheado que



movía las hojas y alborotaba la superficie del agua... y que traía un olor hediondo.

- Huele mal... - dijo el niño.
- Será que hay algún animal muerto en el borde del camino.
- No. Huele a pedo. Pero es un pedo que huele peor que los de Marcus. – sentenció Pequeño Otto frunciendo su diminuta nariz pecosa al recordar los pedos de su hermano pequeño.
- Entonces será que anda cerca el Oso Pino.
- ¿El Oso Pino? ¿Quién es el Oso Pino?
- ¿Nunca has oído hablar del Oso Pino? ¿Pero a ti que te enseñan tus padres, criatura? Es un oso que vaga por estos bosques, vengando una afrenta injusta de la que fue objeto cuando era pequeño...

Continuaron caminando alrededor del lago mientras que Sapitoponcho contaba la historia del Oso Pino al niño, que le miraba con los ojos muy abiertos.

---

## Cuento del Oso Pino

*Era la hora del estudio en la clase del bosque.*

*La hora de estudio se hacía muy pesada, porque no era una asignatura propiamente dicha, sino un rato en que había que permanecer callados y estudiando bajo la mirada atenta del único ojo*



abierto del Señor Búho, que se preciaba de que con un solo ojo podía vigilarlos a todos. Los alumnos alborotaban en sus pupitres de tronco metiendo bulla, tirándose hojas y bellotas unos a otros. Todos, menos el Oso Pino que, sentado de forma ejemplar en medio del aula, hacía cuentas con su ábaco y apuntaba los resultados en su pizarra en silencio. El Oso Pino era el más buenecito de la clase, nunca hacía ruido, y siempre sacaba las mejores notas. Sus compañeros le miraban con envidia, pero ninguno conseguía estar tan quieto y callado como él. Mofetas y jabatos estaban siempre bromeando y chafardeando, coreados por conejos, ciervos y demás fauna menuda del bosque. Siempre abundaban los castigos y las regañinas para todos. Para todos, menos para el Oso Pino.

Aquel día, el ojo del Señor Búho parecía estar a punto de cerrarse de puro aburrimiento mientras que bayas y avellanas volaban sobre las mesas, generando risitas por lo bajo. Y de repente... sonó. Fue como un gran trueno que los enmudeció a todos, seguido de la másapestosa pestilencia que se pueda imaginar.





*El silencio flotó suspendido en la clase con el horrible tufo durante unos instantes de desconcierto, hasta que sonó la primera risa, seguramente del culpable. Y después muchas más. Y acto seguido una voz dijo entre carcajadas: “¡Ha sido Pino!”*

*Y muchas otras repitieron a coro entre risas:*

*- ¡Ha sido Pino! ¡Ha sido Pino!*

*El Oso Pino palideció como lo hacen los osos y su boca se abrió para balbucear algo inaudible entre las carcajadas. El Señor Búho trató de poner orden acercándose a Pino, que lo estaba pasando fatal y se le saltaban las lágrimas.*

*- ¡¡Todos a callar!!- intentaba elevar la voz por encima de las risas - No hay que reírse de eso, es algo natural que puede pasarle a cualquiera. Vaya, Pino, deje de llorar que no pasa nada.*

*El Oso Pino lloraba y sollozaba moqueando, gimiendo sin que se le oyera por las risas, diciendo... que él no había sido. Y como lo repetía entrecortado y sorbiendo, en medio de la chufra general y de las voces del Señor Búho, nadie le hacía caso.*

*De modo que quedó escrito en la memoria de todos el enorme pedo de Pino, aunque no fuera suyo en realidad.*

*Después de aquella acusación injustísima, el Oso Pino se convirtió en un oso solitario. Cuando creció no quiso saber nada de nadie y se refugió a solas en el bosque, mascullando su rencor y comiendo principalmente bayas de escaramujo que son duras, ácidas e indigestas. Y desde entonces, para vengarse, persigue en silencio a los paseantes solitarios y, cuando están desprevenidos, apunta y ¡¡brummm!! les lanza los pedos más enormes y apestosos que te puedas imaginar, fruto de su extraña dieta.*



- Y eso es todo – concluyó Sapitoponcho.
- Pues no me lo creo.

Pequeño Otto guiñaba un poco los ojos, desconfiado.

- Pero lo has oído ¿no? Y lo has olido, que es peor...
- ¿Y cómo es que nadie lo ha visto nunca, si se acerca tanto al camino?
- ¿Y quién te ha dicho que nadie lo ha visto? Una vez, hasta estuvieron a punto de cazarle. Le tendieron una trampa, y el muy bobo cayó. Mira, ¿ves esa máquina de juegos que hay en el borde del camino?

La distancia entre la pared vertical de roca de cientos de metros de altura que tenían a la izquierda y el borde del lago era de unos pocos metros, por los que discurría el camino. La superficie de la pared verdeaba de musgo brillante entre el que caían infinidad de hilillos de agua gorgoteante, como colgantes de vidrio de una lámpara verde. Era precioso.

En ese punto del lago el ayuntamiento había dispuesto diversos juegos bobos para que los paseantes se entretuvieran. La máquina concreta a que se refería Sapitoponcho era un enorme cono metálico, como un megáfono, que apuntaba su boca ancha hacia la pared rocosa y la estrecha hacia el camino. Un cartelito muy innecesario explicaba en varios idiomas el motivo del invento:

*“el agua se oye”*

- Pon tu oreja en el extremo del cono – le dijo.



Pequeño Otto obedeció, y para su sorpresa el suave murmullo de la infinidad de gotitas cayendo entre el musgo de repente se convirtió en el redoble de miles de tambores en su oído.

- ¡Ohhh! ¡Es increíble! ¡Cómo se oye! – exclamó feliz ante el sonido - Pero no es una trampa para osos...

- No para los osos normales, pero sí para el Oso Pino. Cuando destaparon el artilugio se acercó por la noche, y escuchó. Sonrió encantado, como sonríen los osos, cuando descubrió el estruendo de las gotas de agua. ¡Qué maravilloso invento, aquel!, pensó. Y claro, cayó en la trampa y se le ocurrió lo que todos pensaron que se le ocurriría...

- ¿Qué?

- Pues utilizarlo para amplificar el más grande y sonoro pedo que se hubiera oído en estas tierras. Pero claro, él quería asombrar al mundo y para eso necesitaba un mundo al que asombrar. Decidió esperar a la mañana siguiente, cuando los paseantes que rodearan el lago fueran su público involuntario. Así que, cuando la gente comenzó con sus idas y venidas, se acercó al artefacto para poner en práctica su plan, sin percatarse de que estaban ahí esperándole los guardas del Seprona. Y cuando estaba tan concentrado colocándose y recolocando el cono para el gran evento, deleitándose por adelantado con el rugido que iba a arrasarse la montaña, tres guardas forestales armados con máscaras de gas aparecieron y le agarraron. El pobre Pino se resistía como podía, gritándoles - como hacen los osos - que por lo menos le dejaran hacer la prueba de sonido antes de llevárselo. Pero claro, a los guardas les parecía que gruñía amenazadoramente en lugar de pedir nada. El Oso Pino, para defenderse y por puro nerviosismo, se tiraba pedos tan apestosísimos como ineficaces gracias a las máscaras. Y hubiera acabado en el zoo, de no haber sido porque una señora





indefensa, al cruzarse con ellos, cayó al lago gaseada y los guardas le soltaron para ir a socorrerla.

- Pues entonces sí que debe haber sido el Oso Pino el que hemos olido ¡Qué peste!

- Bueno, todos huelen mal. Los tuyos seguro que también.

Pequeño Otto, que avanzaba el primero, se volvió para mirarle mientras que se mordía el labio.

- Yo no me tiro pedos – aventuró bajito, casi un poco avergonzado.

Sapitoponcho se detuvo un momento. Tronó de nuevo en las alturas, coincidiendo con su mirada hostil.

- Te vas a morir de puro cursi.

Los ojos azules de Pequeño Otto se agrandaron aún más, si cabe, sin dejar de mirarle. Continuó caminando, pensando. Estaba como a punto de decir algo. Al final, no pudo aguantar más y preguntó:

- ¿Uno se puede morir de eso? ¿Conoces a alguien que se haya muerto por cursi?

- Sí, mi hermana Rosita se murió de pura cursilería.

El niño parpadeó con ojos suplicantes. Sapitoponcho gruñó una vez más, pero empezó a hablar.



## **Mi hermana Rosita**

*Mi hermana Rosita, cuando tenía tu edad, se parecía mucho a ti. Vivía en un mundo que parecía de crema y mermelada, rodeada de objetos de color rosa y de tules... Rosita cogía flores para secar y conchitas de nácar cuando iba a la playa, que se amontonaban en su dormitorio entre ponis de color rosa y azul. Era tan cursi que apestaba.*

*Un día, Rosita cogió con delicadeza una mariposa amarilla que se había posado en una flor.*

*- ¡Oh! - pensó (... los pensamientos de Rosita siempre empezaban por ¡Oh!) - ¡Oh, qué bonita...!*

*Le abrió las alas para ver mejor el dibujo que formaban. Al soltarla, observó que sus deditos se habían quedado impregnados de una sustancia dorada, brillante. La mariposa se quedó parada, aleteando suavemente en la misma hoja en que la había posado, sin huir.*

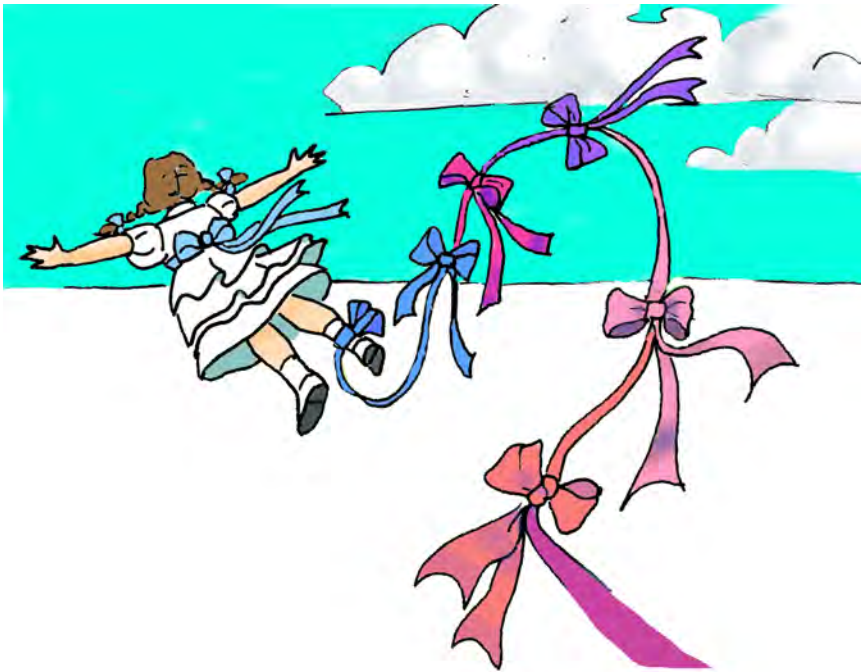
*- Oh... - pensó de nuevo, y se fue a buscar la lupa de su padre.*

*Se miró detenidamente los dedos con la lupa. Resultó ser una especie de polvillo de oro, que - evidentemente - se había desprendido de las alas de la mariposa, que ahora ya no podía volar.*

*- ¡¡Seguro que ese polvo de oro es el que hace volar a las mariposas, como el de las hadas de Peter Pan!! - las ideas se amontonaban en su mente, tan chica - ¡Oh, qué descubrimiento...!*



Quizás pensó un poco más antes de trazar su plan, pero no debió de pensar mucho. Se pasó el día siguiente preparando lo que necesitaba. Localizó la manga de cazar mariposas del abuelo, y con tesón consiguió meter unas veinte criaturitas de diversos colores, aunque amarillas en su mayoría, en una caja de zapatos. Se subió a su dormitorio que estaba en el primer piso de la casa. Antes de untarse del polvillo, se ató a la pata de la cama, porque Rosita no era tonta del todo y no las tenía todas consigo. Quizás aquello no funcionara. Se sentó en el borde de la ventana y una a una fue ordeñando, como quien dice, a las mariposas y se fue impregnando del pigmento brillante. Con una mano se sujetaba fuerte al picaporte de la ventana, porque no quería salir volando antes de tiempo, y con la otra agarraba una mariposa, se la frotaba con más o menos delicadeza por el cuerpo y el pelo, y la volvía a dejar, maltrecha, en la caja.





*Cuando hubo terminado pensó en que ¡oh! volaría un poco hacia la derecha sobre los rosales, y luego otro poco hacia la izquierda, hacia la fuente. Y pensó en el hermoso efecto que haría su vestido de los domingos, todo volantes y lazos blancos, que llevaba puesto para la ocasión, al moverse por el aire como una nube. Como una cometa, más bien; porque de su pie colgaría la cuerda con que estaba atada a la cama.*

*Sin pensarlo más, porque como ya he dicho Rosita no pensaba mucho, saltó.*

*Y la muy boba se murió allí mismo, porque había hecho la cuerda de sujeción con sus cintas del pelo de raso de colores, y las había anudado en lazadas sucesivas que se deshicieron al primer tirón.*

*Y ese día murieron una niña atada por un pie y veinte mariposas en una caja, todas por cursis.*

-----

- Pero si Rosita es tu hermana, es mi Abuela Rosa, Tío Sapitoponcho. Y no está muerta...

- No, es otra hermana Rosita que tuve – gruñó pensando en lo lamentable que era que la cursilería de su hermana fuera hereditaria.

- ¿Y dos hermanas se pueden llamar lo mismo?

- ¡Sí que se pueden!

Continuaron caminando un rato en silencio. Ya habían recorrido más de la mitad del lago, cuando el cielo nublado pareció



hincharse con un rayo y un nuevo trueno retumbó entre las paredes de piedra.

- Parece que va a haber tormenta – reflexionó nuevamente en voz alta Sapitoponcho.

- Pero ya lo sabíamos de antes ¿no? Este es el quinto trueno.

- Ya...

- Tío Sapitoponcho...

- ¿Qué?

- Cuando cuentas cosas de los animales como si pudieran hablar... y pensar... es broma ¿no?

- ¿Cómo?

- Los animales no hablan, Tío...

Sapitoponcho se detuvo y le miró, con el ceño fruncido. Pero a Pequeño Otto le pareció que le miraba con más asombro que enfado.

- Caballere, que tú no hayas oído hablar a ningún animal, o que no entiendas lo que dicen, no es motivo suficiente para tu incredulidad. Seguro que crees montones de cosas que no has visto. Por ejemplo, crees que las ballenas existen ¿no?

- Sí, pero hay gente que...

- Ya, ya, la gente... ¿Y tú crees que la Luna es una bola de piedra que da vueltas alrededor de la Tierra? Porque que yo sepa, no hay gente que se haya paseado por la Luna.

- Pero sí que un cohete ha llegado a la Luna... – aventuró el niño- Yo lo vi por la tele.

- ¡Ya, ya! – elevó la voz, y un montón de pájaros levantó el vuelo a su paso- ¡El viejo cuento de que han llegado a la Luna! Eso sí



que no me lo creo yo... ¡Antes veremos a la Tía BuBú en el Parlamento que a un hombre viviendo allí!

Miró de reojo al niño, esperando su pregunta.

- ¿Tía BuBú? ¿Quién es Tía BuBú?- sus ojos azulísimos parpadearon.

Sonrió para sus adentros y se dispuso a contar. Sonó un nuevo trueno. O a lo peor, el Oso Pino seguía haciendo de las suyas.

---

## La Tía BuBú

*Bulita fue en su juventud una osa muy atractiva. Era profesora en la escuela del bosque. Simpática, pequeña y regordeta, vivía en un claro que estaba lleno de flores en verano, verde, fragante y húmedo en primavera, espeso de cristales de nieve en invierno y acolchado de hojas multicolores en otoño. Le gustaba cocinar para todo el que quisiera acompañarla, y contar historias y cuentos frente al fuego mientras que asaba castañas y patatas, así que su claro estaba siempre muy concurrido.*

*Una mañana, mientras se dirigía al río por un camino poco habitual, de repente se detuvo y escuchó. Se adentró despacio entre los árboles siguiendo el sonido que había llamado su atención y se sonrió, sí, lo has adivinado, como lo hacen los osos. Allí, colgada de una rama*



de un castaño en flor, había una colmena zumbante de vida... y repleta de miel.

Bulita era muuuuy golosa. En cuanto veía algo que la despertaba la golosería no podía evitarlo, se lo tenía que llevar a la boca. Hocico, quiero decir. Intentaba resistirse, se daba la vuelta, probaba a hacerse la dura y pensar en otra cosa. Pero nada, imposible: el objeto de sus tentaciones, ya fuera baya, manzana, moras (mmmm... las moras), frambuesas, flores de trébol, fresas silvestres o lo que fuera, acababa siempre en su barriguilla. Y de todos los manjares del mundo universo, el que más le gustaba de todos era la miel. Se acercó al castaño. La colmena estaba un poco alta, pero no era inalcanzable. Empujó un tronco caído hasta que quedó debajo y se subió. Casi alcanzaba, pero como era tan bajita se tuvo que poner de puntillas para llegar a meter la zarpa. Ya la tenía dentro, y el dorado y denso premio bajaba por su brazo, donde ella lo lamía con la lengua con deleite y glotonería.

De repente, el tronco en que se apoyaba se giró y ella resbaló hacia atrás.

Pasó un buen rato antes de que volviera en sí. Cuando despertó estaba en su claro, sobre un montón de heno fresco que le habían cortado, y rodeada por un buen número de amigos y vecinos preocupados por ella. Le dolía la cabeza. Se llevó la zarpa a la frente y preguntó:

- Amigos, ¿qué me ha acontecido?

Al oírse, dio un respingo. No sólo por la extraña formulación de la pregunta, sino porque su voz sonaba muy rara. Los que la rodeaban también la observaban con las cejas levantadas de asombro y los ojos muy abiertos.

- No recuerdo nada desde...



*Sin que ella se lo pidiera, su garra giró en el aire como apartando el mucho tiempo que hacía desde...*

*Se tapó la boca. Su voz sonaba extrañamente aguda y dulce. Aquella voz de osita pequeña no podía ser la suya. Y parecía que sus patas gesticulaban de forma autónoma cuando hablaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El Señor Búho se le acercó.*

*- No te pongas nerviosa, Bulita. Te has caído en el castañar y te has golpeado la cabeza. El doctor te ha sacado una abeja de la garganta; estaba en la miel que te estabas comiendo. Al parecer te ha picado y has tragado veneno. Por lo que veo, tu voz... y tus expresiones... se han visto afectadas.*

*- ¿Y cuánto tiempo transcurrirá hasta que desaparezcan los efectos de la caída sobre mis cuerdas vocales?*

*Observó que sus amigos sonreían. Su voz resultaba cómica. Y su forma de hablar recordaba a las presentadoras de los telediarios. Además gesticulaba como si, precisamente, fuera una presentadora de un telediario para sordos.*

*- No sabemos. Habrá que esperar. Lo que me resulta más curioso es que el golpe parece que ha modificado tu manera de construir las frases... - reflexionó el Señor Búho.*

*Pero pasó el tiempo, y la cosa no mejoró. Bulita continuó dando sus clases con su voz de niña pequeña, de hecho parecía uno más de sus alumnos cuando gritaba para que se callaran. Los pequeños la empezaron a llamar Tía BuBú porque su tono era increíblemente parecido al de BuBú, el amigo del famoso actor norteamericano Oso Yogui. La verdad es que su autoridad se vio un poco mermada con todo aquello, era difícil hacerse respetar con una voz tan infantil. Y además hacía gestos. Muchos. Sus patas se movían en el aire para*





*ilustrar cómo de pequeño, de intenso, de rápido, de hermoso, de poco o de mucho era lo que estaba contando.*

*Y además estaba lo de la manera de hablar y su nuevo vocabulario. Decía a sus alumnos, mientras que les apuntaba con el dedo de una pata y con la otra sacudía el aire, que se sentía “consternada porque eran párvulos fanfarrones, díscolos y zarrapastrosos, y que si continuaban así les iba a propinar un empellón”. Y claro, los pequeños la miraban con los ojos muy abiertos, como si hablara en otro idioma. Pero poco a poco se acostumbraron a sus palabrejas y la acabaron entendiendo, ayudados por la mímica con que acompañaba sus explicaciones. Y una nueva generación de animalillos redichos, a los que sus padres no entendían, comenzó a poblar el bosque. Los animales adultos, claro, no estaban muy satisfechos con el giro de las cosas.*

*Tía BuBú empezó a frecuentar a menos gente. Dejó de ver a aquellos que siempre sonreían con superioridad al escucharla, bien por lástima, bien porque no entendían ni papa de lo que decía. ¿Cómo mantener una conversación fluida con una osa que empleaba habitualmente palabras como obstar, flaccidez, condurar, armatoste, perifollo, amainar, paupérrimo, beneplácito y obsequioso? Y también decía convivencia, soliviantar, retransmisión, culminar, escarceo, estío, machihembrar y finado. Y alteración, vulgo, enhiesto, dinámico, encéfalo, benévolo, frígido, óptimo, constitutivo, distorsionado, inducir, galán, abundante, docto, tránsito, ortodoxia... todo ello con vocecilla aguda y dulce, fruto del picotazo de la abeja, y aderezado con toda clase de pequeños y explícitos gestos que algo ayudaban a entenderla.*

*El caso es que su casa se quedó vacía, y acabó viendo sólo a sus pocos amigos de verdad. Todos los años por su cumpleaños, les mandaba una invitación que ponía:*



*“Te convido a zahorar en mi modesta morada la noche de mi aniversario”*

*Y así soplaban las velas con pocos invitados, en mitad de la noche.*

*Tía BuBú dejó de comer miel y moras y se convirtió en una osa prudente y un poco más aburrida, que ya no goloseaba, que hablaba con voz casi ridícula, y con una pedantería que hubiese sido más propia de una hija del Señor Búho, y que gesticulaba como si fuera una traductora al idioma de los sordos.*

---

Tronó de nuevo. Sapitoponcho echó una ojeada al cielo y gruñó.

- ¿Y ya? - preguntó Pequeño Otto

- ¿Ya qué?

- ¿Y se convirtió para siempre en una osa triste y aburrida? - sus ojos estaban llenos de extrañeza y rabia.

Miró de reojo al niño. Decidió recular un poco.

- Bueno, para siempre, no. Un día conoció a otro oso que también decía coadyuvar y cosas raras, y que la invitó a miel y polen. Y desde entonces creo que lo pasan bastante bien juntos.

- ¿Y cómo era ese oso?

- Grande.

- Grande... ¿y qué más?



- ¿Y por qué te interesa tanto ese oso? – preguntó, un poco molesto.

- No sé. No me gustaría que la Tía BuBú hubiera acabado sola. O con alguien que no supiera que es la misma osa simpática y dulce del principio.

Sapitoponcho aceleró el paso, empujando con su garrota a Pequeño Otto, que no parecía muy satisfecho con el final de la historia y lo mostraba caminando despacio, arrastrando los pies.

- Pues la Tía Abuela Bugarvilla también dice palabras raras y tiene voz de niña, y vuestra casa está siempre llena de gente – continuó el niño.

- Será por mi encanto personal... O por sus patatas fritas – añadió bajito, refunfuñando.

- ¿Sigues enfadado con ella porque no te deja coger las patatas? ¿Y por qué no le pides que te haga una fuente entera para ti solo, tú que puedes? ¡¡Si yo viviera con la Tía Abuela Bugarvilla cenaría patatas fritas todos los días!! – y abrió los brazos mirando al cielo, sonriendo como si tuviera el inmenso plato que se imaginaba delante de él.

- No entiendes nada. Lo que tiene gracia es robarlas del plato según las saca.

Pequeño Otto se le quedó mirando, efectivamente sin entender lo que decía. Un nuevo trueno que estalló rebotando por la garganta de rocas le sacó de sus pensamientos. Sapitoponcho le cogió de la mano y le arrastró un poco más rápido por el camino. Ya se adivinaba la casa al final del sendero que rodeaba el lago.



- El truco para pasártelo bien está en que es más divertido hacer las cosas que no te permiten hacer. Si siempre haces lo permitido, la vida es MUY aburrida.

- Pero mi mamá dice que tengo que ser obediente.

- Ya, ya. Claro. – le interrumpió Sapitoponcho y le miró - Eso lo dicen todas las mamás. Y las abuelas. Y las esposas. Y las hermanas. Y las novias. ¿Y sabes por qué?

- No... - dijo bajito.

El niño no estaba muy seguro de que fuera bueno estar escuchando aquello. Pero le podía su curiosidad.

- No. – repitió concentrado - ¿Por qué?

- Porque a ellas les fastidia que nos divirtamos. Son unas aburridas y unas sosas, y quieren convencernos de que todo lo que nos gusta hacer es peligroso, malo para la salud, ensucia, desordena o engorda.

Pequeño Otto no apartaba sus ojos de los de Sapitoponcho. Ni siquiera pestañeaba.

- ¿Lo dices de verdad? – le preguntó, atento como si estuviera compartiendo con él un terrible secreto que sólo él conociera.

- Sí. Si quieres pasártelo bien, tienes que jugar con tus hermanos y amigos. Ellos siempre te entienden y serán tus cómplices. Las mujeres no. Verás.

Y comenzó a contarle historias de chicos. De osos chicos.



## Los tres hermanos ositos

*Eran tres hermanos ositos. Tico, Mico y Lito. Tico era el mayor, Mico el mediano y Lito el pequeño. Tico era grandullón y socarrón. Mico era bueno y dulce. Y Lito, bueno, era inocente, inocente; es que era muy pequeño.*

*Esa mañana caminaban los tres de estupendo humor por el bosque, hacia su casa. Venían del mercado mensual del gran claro, una feria en la que vendían muchísimas cosas apasionantes: todo tipo de frutos, bayas, semillas, setas, mieles de distintas flores, sal del vientre de la montaña...; también vendían maderas olorosas y resinas, cañas y piñas, cuerdas y juncos; y piedras de formas caprichosas y colores extraños que no sabían para qué servían; cebos para pescar, cubos, sedales, velas de cera, esterillas... y animalillos pequeños de compañía para los animales más grandes, ratoncitos, pájaros, gusanos y peces.*

*Era la primera vez que iban al mercado los tres solos.*

*Se habían gastado allí casi todos sus ahorros. Tico se había quedado sin blanca, porque siempre se gastaba todo su dinero. A Mico aún le quedaba un poco, porque era cuidadoso y muy ahorrador. Y Lito, como era el pequeño y apenas le daban dinero, durante su vida sólo había podido ahorrar la moneda que se había gastado allí.*

*Habían comprado tres pajarillos marrones con algunas plumas rojas y amarillas, idénticos, que canturreaban aparentemente felices en una jaulita de barrotes de palos de madera. Iban pensando en voz alta qué iba a hacer cada uno con su pájaro.*



- Pues yo al mío lo llamaré Chirrip y le pondré como cebo de una trampa de mi invención para cazar águilas, que estoy construyendo. – dijo Tico.

Sus hermanos se estremecieron.

- No os preocupéis, el águila no conseguirá llegar al pájaro. Mi trampa es infalible.

- Pues yo llamaré Pichurrín al mío y le criaré con comida especial para ver si cambia de color y consigo que se ponga azul – dijo Mico.

Lito miraba alternativamente a sus hermanos con los ojos muy abiertos.

- Pues el mío se llamará Chopín, y sólo lo miraré todo el día y escucharé cómo canta – sentenció muy serio.

Camaron alegres un buen rato, y cuando ya llegaban a casa apretaron el paso porque anoecía y empezaba a hacer bastante frío. Cuando al fin cruzaron el umbral y cerraron la puerta tras de sí, miraron la jaula y observaron consternados que uno de los pajarillos estaba tumbado en el fondo. Ninguno hablaba. Tico agitó un poco la jaula para ver si se movía, pero nada.





- Qué pena, - dijo al fin Tico sin levantar los ojos del pájaro quieto - se ha muerto el pájaro de Lito. Se ha muerto de frío.

Mico le miró con estupor, pero al fin bajó la cabeza para que no se le viera la sonrisilla y continuó:

- Sí, qué pena. Lo siento mucho, Lito.

- Pero... ¿estáis seguros de que ése era el mío?- preguntó Lito entre sollozos, observando al pájaro muerto a través de las lágrimas, sin ni siquiera mirar a sus hermanos.

- Sí, sin duda. Es el tuyo.

- ¿Quieres que te ayudemos a enterrarlo?

- Sí, gracias. Qué buenos sois – se sorbió los mocos- ¿Y podré jugar un poco con alguno de los vuestros?

- No, Lito. A ver si se van a morir también –dijo Tico - Cuando vuelvas a tener dinero ahorrado, te compraremos otro en el mercado.

El pequeño sollozó de nuevo. Mico se mordía el labio para no reírse, pero con cierto disgusto.

Y Lito se quedó sin pajarito, tímido por sus hermanos. Hay que decir que ellos tampoco disfrutaron mucho de sus animalillos como justo castigo a su perversidad, ya que el de Tico murió presa de las garras de un águila que esquivó su trampa, y el de Mico murió envenenado, como era previsible.

Cuando se acercaba el siguiente mercado del gran claro, Tico habló de nuevo con sus hermanos.

- ¿Qué os parece si vamos otra vez al mercado?- les preguntó- Si queréis podemos ir y comprar un búho de madera, de esos que se usan como señuelo para cazar águilas.



- ¿Y por qué tienes tanto interés en matar un águila? - preguntó Mico.

- Bueno, ese águila burló mi trampa y mató a mi pájaro. Si consigo atraerla de nuevo se llevará una buena pedrada con mi honda nueva.

Exhibió orgulloso la magnífica tira de cuero flexible que le había regalado la Tía BuBú en su cumpleaños. Mico pensó que estaba un poco obsesionado con las águilas, pero le apetecía muchísimo probar la honda de su hermano. Él era todavía pequeño para que le dejaran jugar con armas.

- Yo no quiero ir. No tengo dinero. Me gasté todo mi dinero en el pajarito que se murió - dijo Lito enfurruñándose.

Había algo en el tema de los pájaros que le escamaba, y estaba un poco enfadado con sus hermanos. No quería saber nada más del mercado.

- ¿Y tú, Mico? ¿Te animas?- preguntó Tico con voz seductora, jugueteando con la honda.

- Sólo iré si me dejas tirar con tu honda cuando vengan las águilas.

Tico sonrió para sí y se rascó la cabeza como si dudara. Había picado.

- Bueno, vale. Pero tú pagas la moneda que vale el búho de madera. Es lo justo ¿no? Yo pongo la honda, y tú el búho - dijo, omitiendo en el trato que él no tenía nada de dinero.

- ¿Y por qué no le pedimos a algún búho amigo nuestro que haga de señuelo? Sería más barato... Una moneda es mucho dinero.





- *Porque no se podría quedar quieto mucho rato, y entonces las águilas se espantarían - improvisó- Además, siempre existe un riesgo y no podemos exponer tanto a un amigo...*

*Mico se imaginó al águila destrozando al búho y dudó. Sólo le quedaba una moneda después de la compra del pájaro. Pero le apetecía tanto disparar con la honda...*

- *Vale. Trato hecho. Iremos a comprar el señuelo con mi moneda.*

*Tico sonrió, saboreando triunfante su victoria.*

*Y así lo hicieron. El siguiente día de mercado Mico pagó con dolor su última moneda por el búho tallado en madera. Parecía un pájaro de verdad, pintado en colores y todo, con los ojos de piedras transparentes amarillas. Era muy bonito.*

*Acordaron ir a cazar esa misma tarde. Fueron detrás de la casa, colocaron el búho bien visible encima de una piedra y se apostaron detrás de unas matas. Tico en cuclillas, en posición de salto y con dos piedras en la zarpa para lanzar con la honda en cuanto apareciera el águila. Y Mico sentado al lado, esperando impaciente su turno.*

*Pero pasaba el tiempo, y no se veía nada en el aire. Tico se relajó y se sentó con su hermano, pensando que a lo mejor tardaba un poco más de tiempo en aparecer de lo que había pensado. Pasó media hora. Nada. Observaban el búho recortándose contra el cielo. Mico se mordía el labio.*

- *¿Cuándo puedo tirar?- preguntó.*

- *Pronto. Después de que yo mate la primera águila.*

*Se sumieron de nuevo en el silencio. El sol comenzaba a descender acercándose al horizonte.*

- *¿Cuándo puedo tirar?- preguntó Mico de nuevo.*



- Cuando vengan las águilas – contestó Tico reprimiendo un gesto de ira – La caza es un ejercicio de paciencia.

- Ya, pero yo podría ir tirando a otras cosas...

- Hay que permanecer quietos, Mico. No podemos hacer ruido.

*El sol se puso y el cielo palidecía. Empezó a refrescar.*

- ¿Puedo tirar con tu honda, Tico? Es que no parece que vayan a venir las águilas, y yo tengo que tirar...

- ¡¡No!! Me estás poniendo nervioso. No se puede ir a cazar contigo. Esto es un desastre.

*Había muy poca luz. Tiritaban. El estómago de Mico aulló de hambre.*

- Por favor, deja que tire aunque sea una vez.

- ¡Te he dicho que no! El búho que has comprado no sirve para nada, es un señuelo estropeado. Tu parte del trato no ha funcionado, así que yo tampoco tengo que cumplir la mía. No te voy a dejar mi honda.

*Se levantó haciendo mucho ruido y espantando a un montón de criaturillas nocturnas que empezaban a pulular por el bosque. Mico miró desanimado al búho que se recortaba contra la última luz de la tarde. Se volvió a la casa pensando en la moneda perdida.*

*El señuelo se quedó ahí mucho tiempo, porque ni Tico ni Mico lo recogieron. Se quedó hasta que vino un águila enorme un día y se lo llevó.*

*Así fue como los tres hermanos se quedaron sin dinero y se enfadaron entre sí. Porque Lito nunca perdonó a sus hermanos*



*mayores lo de su pajarito, y Mico nunca perdonó a Tico lo de su moneda gastada en el búho y siempre se la reclamó.*

---

Pequeño Otto no entendía nada.

- Pues no sé, Tío. A mí no me gustaría jugar sólo con Marcus y que me hiciera eso.

Sapitoponcho le miró de reojo.

- No suena bien, lo sé. Pero imagina que hubieran sido tres hermanas. Tico y Mico hubieran tenido que compartir sus pájaros con su hermana pequeña y no hubieran podido hacer sus experimentos. Y Tico no hubiera tenido su señuelo porque nunca habría consentido en gastar dinero que no fuera suyo.

- ¡Total, para lo que les sirvieron después los pájaros y el señuelo! - dijo frunciendo sus cejas rubias y poniendo un mohín, mientras se cruzaba de brazos con gesto testarudo - Por lo menos los pájaros seguirían vivos, Mico conservaría su moneda, y además no se habrían enfadado entre ellos.

Sapitoponcho bajó la cabeza con gesto malhumorado y rumió por lo bajo palabras incomprensibles y roncadas, mientras que pensaba que el crío aquel tenía algo de él: era un cabezota. Se detuvo y colocó a su vez el bastón delante del pecho de Pequeño Otto para que se detuviera también.

- No lo entiendes. Son hembras. Son diferentes a nosotros. No son de nuestro mismo equipo. ¿Nunca lo has pensado?



- No. – el niño permaneció hosco.

Sujetaba el bastón de su tío contra su pequeño pecho y repasaba sus dibujos de rombos con el dedito, sin apartar la vista del suelo.

- ¿Nunca has caído en que algunas de las mujeres que conoces, tu madre, tu profesora del cole y la Tía Abuela Buganvilla, por ejemplo, tienen algo en común?

Pequeño Otto le miró intrigado.

- No... – cedió al fin - ¿qué?

- ¿A que siempre saben cuándo has hecho una trastada? ¿Y a que siempre saben que has sido tú? Incluso algunas veces saben que estás sólo pensando en hacerla.

- ¡Sí...! – los ojos se le abrieron con sorpresa.

- Ven, siéntate.

Se sentó en una piedra junto al camino.

Pequeño Otto, que comenzaba a sentir mucha hambre, miró de reojo y con cierta necesidad la casa que se veía ya al final del camino, pensando que las patatas fritas de la Tía Abuela Buganvilla se iban a quedar definitivamente frías. Pero no se atrevió a decir nada y se sentó junto a su tío, obediente.

- Te voy a hablar de LuLú YoYo.

- ¿Era china?

- No. Sólo era rara.

Pequeño Otto le prestó toda su atención de nuevo, dispuesto a olvidar durante un rato las patatas a cambio de otra historia. Un último rato, se prometió.



## LuLú YoYo

*La pequeña LuLú había aprendido desde muy niña a ocultar su don. Sus padres y profesores pensaban que simplemente veía mal, porque parecía que hablaba sin mirarte y no conseguía centrar su atención en quien le hablaba. La verdad es que tenía los ojos un poco separados, lo que le daba un cierto aire de camaleón despistado, y eso tampoco ayudaba a que su interlocutor se sintiera cómodo porque no siempre parecía que hablara con uno.*

*Cuando la llevaron al oculista, opinó que LuLú veía bien, pero que sus ojos eran vagos. Vagos pero no de perezosos, como sucede a otros muchos niños; sino vagos de los que vagan, porque no sabían*

*dónde tenían que mirar y se movían erráticos. Por su culpa, la niña llevó durante una semana unas gafas que sujetaban unos cilindros metálicos de unos diez centímetros de longitud delante de los ojos. Era un invento del lumbreras del médico y, según él, la ayudarían a fijar el foco. Pero como sus ojos no miraban al mismo punto, eran divergentes, digamos, los pequeños cilindros apuntaban cada uno a un lado y LuLú no veía lo que tenía delante y se*





tropezaba constantemente con todo. Así que, temiendo por su propia seguridad, la niña admitió que la cura había sido efficacísima, para poder quitarse las gafas; y decidió que si lo que querían todos era que ignorara a “los otros”, lo simularía.

Porque lo que le sucedía a LuLú era que veía el otro yo de las personas.

Recordaba, desde que era un bebé, que al lado de su madre siempre estaba esa persona silenciosa. Cuando ella hacía alguna trastada o era demasiado lenta para hacer algo, era esa otra mamá la que se irritaba más visiblemente y llegaba a cambiar de color. Y mientras que su madre de verdad la mimaba y le daba ánimos, poco a poco la otra recuperaba su habitual tono rosado y su sonrisa, idéntica a la de su mamá. Y por la noche, al arroparla en su cama, las dos la miraban con arrobo y dulzura, aunque el ser silencioso estaba ya pálido y cansado al final del día.

A esos otros los llamó los YoYos, porque en cuanto tuvo uso de razón comprendió que eran como una prolongación de cada uno. Cada persona tenía su otro yo, que era como una marioneta muda que manifestaba sus emociones y sentimientos. Durante sus primeros años de vida sólo conoció los YoYos de sus padres, los de sus abuelos, y el de su hermano pequeño Diego, que era de colores divertidos y cambiantes como corresponde a los bebés.

Sus padres siempre se tomaron como una extravagancia sus preguntas acerca de esos otros seres que poblaban la casa. Ellos siempre habían oído hablar de los amigos invisibles de los niños y esas cosas, y pensaron que esto era más de lo mismo. Así que no le hicieron mucho caso y ella se acostumbró a no preguntar más.

Pero cuando su don le empezó a dar problemas fue a los seis años, al entrar en el colegio. Al llegar a su clase el primer día de curso



*se encontró con diez niños nuevos con sus YoYos respectivos, que la miraron todos al mismo tiempo.*

*- Buenos días, niños. Os presento a vuestra nueva compañera, LuLú. – dijo el primer día de clase la Señorita Rita, toda lazos y sonrisas y con un YoYo tan dulce, blando y rosa como si fuera de algodón de azúcar.*

*Ella permaneció de pie junto a su profesora delante de la pizarra mientras que sus compañeros la saludaban a coro desde sus pupitres. Y de repente algunos de sus YoYos comenzaron a acercarse curiosos a observarla. Ella dio un paso atrás, mirando cohibida a su alrededor. Cuando uno de ellos, verdoso, acercó su mano para tocarla, LuLú gimió y se cubrió los ojos con las manos mientras se escondía detrás de la Señorita Rita.*

*Aquello fue su condena. Los niños, que la miraban atónitos, la bautizaron como La Rara; y las historias que comenzaron a circular sobre ella hicieron las delicias del Primer Curso de su escuela.*

*LuLú no era tonta, y se acostumbró pronto a ignorarlos. Pero cuando pensaba que ya se había olvidado todo, siempre se acercaba alguno en el recreo. Por ejemplo, Martita que tenía muy mala uva para sus seis años, y le preguntaba amable:*

*- ¿Quieres jugar con nosotras a la pelota?*

*Ella sonreía a punto de aceptar. Pero de repente veía a su YoYo, que era una réplica amarilla y grotesca de la niña, que aparecía por detrás haciéndole burla con cara de malas intenciones y comenzaba a sacarle la lengua. Y claro, dejaba de mirar a Martita y miraba con asombro a su derecha, donde el ser extraño se divertía a su costa. Y mientras tanto Martita palmoteaba encantada.*

*El caso es que los YoYos de sus compañeros acaparaban toda su atención. Pero gracias a ellos descubrió muchas cosas interesantes. Por*



*ejemplo, que cuando hablaba con un compañero, el niño le decía una cosa y su YoYo muchas veces actuaba diciendo otra. En poco tiempo llegó a la conclusión de que sus YoYos eran más ellos mismos que los propios niños. Vamos, que eran más de fiar. En otras palabras, que sus YoYos eran sus propios y verdaderos Yos, y lo que el resto del mundo veía era sólo una apariencia que hablaba y casi nunca decía la verdad.*

*Así descubrió que el YoYo de los niños silenciosos era a veces triste y de color gris o pardo, y que tenía moratones y heridas. Que los niños revoltosos e inquietos tenían un YoYo que era igual que ellos, inconstante, inconsciente y sonriente. También que una niña preciosa y rubia que se llamaba Valentina y que sonreía mucho a todo el mundo, tenía un malencarado YoYo verde que miraba con envidia y rabia a todos los demás y daba bastante miedo. Que el de los niños tímidos se escondía detrás de sus dueños. Y que el de un niño que se llamaba Daniel y que era muy egoísta, se ponía rojo de furia si alguien pretendía coger algo que consideraba suyo. Vamos, que a veces se parecían a sus dueños, y a veces no.*

*Y sobre todo, y lo que le fue más útil, aprendió que si miraba de reojo al YoYo de alguien mientras le hablaba podía saber con claridad lo que quería o sentía. O mejor dicho, podía ver sus intenciones. Eso le ayudó muchísimo a defenderse de los que pretendían burlarse de ella. Y así, cuando Martita, o algún otro compañero, le volvieron a decir:*

*- ¿Quieres jugar al pillo-pillo?*

*...una simple ojeada a su YoYo amarillo le permitía contestar con un educado y evasivo "no, gracias", mientras que se daba media vuelta y se marchaba, dejando plantado al malintencionado con un palmo de narices.*





Así consiguió acabar el Primer curso. No hizo amigos en la clase, pero por lo menos ya nadie la molestaba. Cuando empezó el Segundo Curso, lo afrontó con un suspiro desde la puerta. Los mismos niños y YoYos que el año anterior se habían reído a su costa, este año continuaron en sus conversaciones sin ni siquiera mirarla cuando avanzó hacia su pupitre. La Señorita Rita entró con su dulcísimo YoYo y les interrumpió alzando un poco la voz.

- ¡Hola niños! ¡Bienvenidos al nuevo curso!

Todos se callaron y se sentaron. La Señorita Rita y su YoYo sonriente extendieron simultáneamente la mano hacia la puerta, haciendo señas a alguien para que entrara.

- Os presento a un nuevo compañero que entra al colegio en vuestro curso. Se llama Remo.

Remo avanzó y se colocó junto a la profesora. Un coro de niños le dio la bienvenida. Todos menos LuLú, que le miraba atónita con la boca abierta. Porque Remo, que tenía unos bonitos rizos castaños y unos ojos oscuros y enormes ¡no tenía un YoYo!

Ella creía que ella tampoco lo tenía, porque cuando se miraba al espejo nunca vio a nadie a su lado. Pero no estaba del todo segura, podía ser que todo el mundo tuviera uno y que simplemente nadie



*podía ver el suyo propio. Y ahora aparecía ese niño, que miraba con una sonrisa enorme su cara de asombro, y que estaba también solo.*

*LuLú y Remo se convirtieron en amigos. En los mejores amigos. Los dos decían siempre lo que pensaban y nunca se mintieron ni se engañaron.*

*Cuando fue mayor LuLú se convirtió en una magnífica psicóloga. Como podía ver el verdadero Yo de la gente, siempre sabía lo que le pasaba a sus pacientes. En su consulta había dos divanes, uno para las personas y otro para sus respectivos YoYos, que agradecían el detalle y exhibían sus problemas para que ella los cuidara. Su consulta siempre estaba llena, porque la gente que acudía tenía sus YoYos maltrechos pero siempre salían contentos. LuLú siempre sabía dónde tenía que poner sus tiritas y sus vendas.*

*Se casó con Remo y tuvieron ocho hijas que, aunque no tenían el don de su madre, se las apañaban muy bien para saber lo que pensaban los demás. Y de ellas nacieron muchas más mujeres que a su vez tuvieron más niñas. Y entre todas poblaron el mundo de madres, hermanas, abuelas y esposas que, con esa dotación genética, te ven las intenciones antes de que hagas nada.*

*Y todo, por culpa de la pequeña LuLú YoYo.*

---

Pequeño Otto abría la boca asombrado. Se le había olvidado hasta el hambre que tenía.



Echaron a andar despacito. Pensaba en cómo su Tío se podía inventar aquellas mentiras. Porque claramente, eso era mentira. Él nunca había conocido a nadie sin YoYo... ¡todo el mundo tenía uno!

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar en ello.

- Mira – dijo Sapitoponcho señalando con su garrota la casa que ya estaba muy cerca - Ya llegamos. ¡Corre!

El niño echó a correr con sus cortas piernecitas, hambriento y feliz.

Fuera, bajo el emparrado, la mesa ya estaba puesta con su mantel de cuadros rojos, sus platos de loza blanca y su jarra de limonada llena de limones verdes.

A Sapitoponcho se le hacía la boca agua pensando en las patatas fritas de su esposa que, seguro, estaban recién hechas. Porque ella tenía el don de saber exactamente cuándo iba a llegar y siempre le esperaba en el momento preciso.

